

### **La nueva patria salvadoreña \***

Excelentísimo señor Carlos Salinas de Gortari, presidente de los Estados Unidos Mexicanos y señora de Gortari;  
Excelentísimos señores presidentes de Centroamérica y Panamá y del Grupo de Amigos del Secretario General de Naciones Unidas y sus distinguidas esposas;  
Excelentísimo señor Boutros Boutros Ghali, Secretario de la Organización de Naciones Unidas;

Excelentísimo señor Joao Baena Soarez, Secretario de la Organización de Estados Americanos;  
 Excelentísimos señores miembros del gabinete de gobierno de los Estados Unidos Mexicanos;  
 Excelentísimos señores cancilleres;  
 Damas y Caballeros:

Este día, 16 de enero de 1992, nos reunimos los salvadoreños en el gran convivio de la paz, rodeados de amigos que nos han acompañado en la tarea inmensa y difícil de llegar a este momento en el que un solo y fundamental propósito de concordia nos hace vislumbrar la nueva patria salvadoreña que surge de las convulsiones de una gran prueba histórica, asistido por el aliento vigoroso de una racionalidad que no tiene precedentes en nuestros métodos sociales y políticos para resolver profundas diferencias.

Luego de un intenso y complejo proceso de negociación, estamos todos aquí con un acuerdo de paz definitiva y concreta que el pueblo salvadoreño asume como compromiso general de la nación.

El carácter inequívocamente nacional del acuerdo de paz suscrito este día, le da la posibilidad efectiva de paz que de él se deriva, una condición muy especial que tampoco tiene precedentes entre nosotros.

En realidad, entendemos que lo que desde ahora comienza a ocurrir en El Salvador no es el restablecimiento de una paz preexistente, sino la inauguración de una paz auténtica fundada en el consenso social, en la armonía básica entre sectores sociales, políticos e ideológicos, y sobre todo, en la concepción del país como totalidad, sin exclusiones de ninguna índole.

Nos quedaríamos injustamente cortos si viéramos sólo hacia el pasado inmediato, para medir la magnitud de lo que ocurre en El Salvador de un tiempo a esta parte.

La crisis en que se vio envuelta la nación salvadoreña en el último decenio no surgió de la nada ni fue producto de voluntades aisladas. Esta crisis tan dolorosa y trágica tiene antiguas y profundas raíces sociales, políticas, económicas y culturales.

En el pasado, una de las más perniciosas fallas de nuestro esquema de vida nacional fue la inexistencia o insuficiencia de los espacios y mecanismos necesarios para permitir el libre juego de las ideas, el desenvolvimiento natural de los distintos proyectos políticos, derivados de la libertad de pensamiento y de acción. En síntesis, la ausencia de un verdadero esquema democrático de vida.

La crisis profunda hizo surgir la posibilidad real de la democracia en nuestro país, y si antes hablábamos de democracia incipiente, ahora, a partir del acuerdo formalizado solemnemente este día, podemos decir que la democracia salvadoreña nos pertenece a todos, y que a su desarrollo y ensanchamiento progresivo nos debemos todo por compromiso patriótico y por asunción compartida de responsabilidades históricas de cara al futuro.

El acuerdo de paz es un acto de fe en la libertad y perfectibilidad de todo un pueblo cuyo sufrimiento y estoicismo le han dado un supremo derecho a la esperanza. Esa esperanza en una vida más humana y plena. Sin exclusiones ni privilegios toma cuerpo en el acuerdo de paz y

por ello decimos que este acuerdo es una plataforma de armonía para el presente y para el futuro.

Por otra parte, no es sólo el resultado de la negociación lo que tiene valor como producto positivo de un esfuerzo constructivo y concertado; es el método mismo del diálogo, del entendimiento razonable y de la búsqueda sensata y efectiva de soluciones a los problemas más agudos y más difíciles lo que ahora destacamos también como algo enormemente significativo para el desarrollo de la democracia salvadoreña.

La violencia es el caldo de cultivo de la violencia. El entendimiento respetuoso y dinámico es el caldo de cultivo de la paz.

Entendemos a cabalidad que la paz tiene como base un mínimo indispensable de confianza entre los seres humanos, entre los grupos y entre las instituciones.

Nosotros los salvadoreños venimos de un periodo determinado por la más cerrada desconfianza entre personas y entre sectores. Ahora nos compete a todos hacer un consistente ejercicio de construcción, de confianza, y creemos que el acuerdo de paz es una base excelente para ello.

Aunque no se dijeron en el curso de este largo y difícil proceso de negociación, se fueron dando posibilidades inevitables de confianza en función del acuerdo total. En este instante mismo, el hecho de que prácticamente el país entero esté representado en este recinto, es una expresión gráfica y elocuente de que los salvadoreños empezamos a tener confianza en nuestra condición de compatriotas ligados por un solo destino nacional. Trabajar en este sentido es una exigencia clara de la nueva realidad que ahora se inaugura formalmente en El Salvador.

Llegar a este día memorable que recordarán con emoción y respeto nuestros hijos y nuestros nietos, es la conquista más anhelada de todo el pueblo salvadoreño.

Hemos dicho muchas veces ya que el gran gestor es el pueblo mismo y que por eso debe ser su principal destinatario.

La nueva sociedad salvadoreña que ahora emerge fortalecida del esfuerzo pacificador es la gran protagonista indiscutible de la etapa en la que estamos entrando y esa es una realidad que contribuirá sin duda ninguna a darle más viabilidad y vitalidad a nuestra democracia.

Queremos una democracia sin otras fronteras que las de una legalidad, que sea, en sí misma, profundamente democrática.

Estamos comprometidos en la promoción integral de los derechos humanos, no sólo políticos, sino sociales y económicos; estamos en realidad, planteándole al mundo un nuevo esquema de convivencia integral en El Salvador; un esquema no sólo técnico, sino de profundas proyecciones humanas hacia la persona de carne y hueso que trabaja, que sueña y que sufre.

No somos ilusos ni somos ingenuos: sabemos del desafío histórico que tiene nuestra patria a partir de este momento; sabemos de las dificultades de la reconstrucción material y de la restauración moral de nuestro país; pero, nos alienta pensar que si juntos, los salvadoreños, logramos un acuerdo de paz, que para tantos parecía imposible, casi nada nos debería estar vedado en el futuro en lo que a entendimiento se refiere.

Para llegar a este día hemos necesitado, en el proceso, del apoyo y de la comprensión de los amigos, los países que se constituyeron en el Grupo de Amigos del Secretario General de las Naciones Unidas, México, Colombia, España y Venezuela y, en particular, sus Presidentes, sus Cancilleres y sus representantes permanentes, ante el máximo

\* Palabras del presidente de la República de El Salvador, Alfredo Cristiani, durante la ceremonia de firma de los Acuerdos de Paz de El Salvador. México, D.F., enero 16 de 1992.

foro mundial, merecen el reconocimiento y la gratitud de todos los salvadoreños, por su dedicación, empeño y solidaridad en la búsqueda de la paz en El Salvador.

El Secretario General, don Javier Pérez de Cuéllar, quien concluyó su periodo en el minuto en que se firmaba el Acuerdo que hizo posible arribar a este momento; así como a sus representantes personales, doctor Álvaro de Soto y señor Marrack Goulding, tienen buena y significativa parte en el éxito completo de las negociaciones; el actual Secretario General, doctor Boutros Ghali, se ha unido —con entusiasmo— al propósito de llevar a su cumplimiento pleno todos los acuerdos y estamos seguros de que su aporte será de gran valor en este sentido.

El Consejo de Seguridad, así como los gobiernos de otros países amigos están —y siguen estando— interesados en que el proceso no se detenga. Y antes, bien, llegue a su total y absoluto desenlace en la fase del cumplimiento.

Para todos, nuestro agradecimiento por su inspiración y por su apoyo.

En lo que al interior del proceso mismo se refiere, no podríamos dejar de manifestar unas palabras para el FMLN, con quien el gobierno ha suscrito el Acuerdo de Paz y en quien descansa tan importante responsabilidad, para que este trascendental proyecto de paz se consolide y se desarrolle.

Le decimos al FMLN, con respetuosa convicción, que su aporte es necesario para desarrollar en El Salvador una democracia estable y consistente y que, estamos seguros, de que en la nueva etapa que iniciamos, todas las fuerzas políticas y sociales podemos trabajar en conjunto para el beneficio del país, como El Salvador se lo merece.

El conflicto ha quedado atrás; queremos y debemos, todos, ver hacia el futuro, que es el único sitio en donde podemos construir ese Salvador grande, próspero, libre y justo que todos, fundamentalmente anhelamos. Las lecciones aprendidas tienen que asimilarse y fructificar para una vida mejor, pero no vamos a llorar sobre las premisas: el país no nos da tiempo más que para el trabajo, para la reconciliación y para la paz.

Gracias a México por esta hospitalidad extraordinaria, que encarna en la hidalga solidaridad de su ilustre Presidente, cuya amistad por El Salvador tiene testimonios imborrables; gracias a los amigos de Centroamérica por su presencia solidaria en este acto, que también a ellos les pertenece, y por su trabajo permanente en pro de la pacificación regional; gracias a los amigos del mundo que en diversas representaciones están presentes aquí. Y por supuesto, sobre todas las cosas, gracias a Dios, que nos ha dado, a los salvadoreños, el don maravilloso de la paz, luego de que nos ganáramos con nuestro esfuerzo para alcanzarla, el beneficio de recibirla.

¡Que Dios nos bendiga a todos y que la paz sea con nosotros ahora y siempre!

Muchas gracias.